

El micro-viaje metafórico en *La fuga* de Elías Hasbun

By Liliana Wendorff

Autor de tres novelas y numerosos cuentos,¹ la ópera prima del Dr. Elías Hasbun, *La fuga*, se basa libremente en una experiencia del escritor, cuando fue estudiante del Colegio Militar Leoncio Prado en la capital peruana en los años sesenta. Durante esta década, el país sufrió grandes crisis: graves dificultades económicas, corrupción gubernamental, abuso del poder por las fuerzas del orden, auge del narcotráfico y acrecentamiento de la delincuencia. Debido a esta situación caótica, surgieron reformadores de tendencia marxista, que desde el comienzo de los años sesenta, inspirados por la Revolución Cubana y la imagen del Che Guevara, habían creado un conato de insurgencia armada en el Perú. Todas estas circunstancias se reflejan en mayor o menor grado en *La fuga*, libro que todavía no ha recibido la atención académica que se merece, aunque ha sido elogiada por algunos críticos. En la contraportada de la primera edición peruana de *La fuga* (2014), el historiador Luis Vásquez Medina sostiene que *La fuga* aporta “respuestas trascendentales y profundas que tienen que ver con el destino de nuestra [su] generación.” Asimismo, Michele Shaul la reconoce como “a great coming of age novel with sociopolitical satire.” Aun cuando *La fuga* se puede estudiar desde varios puntos de vista: como novela cómica y como un *bildungsroman*, por ejemplo, en este trabajo interesa la metáfora del viaje ya que el título de la novela evidencia movimiento, búsqueda y cambio de ubicación. Exploro el tema de la jornada física y espiritual en este trabajo.

Toda jornada combina un movimiento literal y uno metafórico; proporciona también una idea de subjetividad y una visión particular de la relación entre el sujeto y el mundo. Cinzia Blum la define como “la figura suprema del movimiento hacia el auto descubrimiento” (3). La trayectoria de los protagonistas, cadetes de un Colegio Militar en Lima—Esteban Cándamo, Juan Cosme y Gustavo Gonzales—proveen el trasfondo para exponer el *zeitgeist* de la sociedad peruana de mediados del siglo XX.² Y es que los valores conflictivos entre el mundo rural y el urbano, así como entre la burguesía y las sociedades indígenas peruanas se expresan por medio del punto de vista subjetivo de los tres adolescentes.

En esta novela, faltándoles sólo dos meses para terminar sus estudios secundarios, los tres cadetes arriba mencionados entienden como milagro y mandato divino para descubrir “la Verdad” un evento insignificante -una puerta trancada con pupitres que no se abre pese a los furiosos esfuerzos de sus compañeros. Por ello, se escapan no sólo del colegio sino también de sus casas en Lima con destino a la sierra, donde libres de distracciones, piensan encontrarla. Su misión es llevar al mundo “El Reino de los Cielos”, o el espíritu de amor para aliviar la miseria que rodea a

¹ Novelas: *El jardín de la culpa* (Scripta Humanistica, 2014) y *La Piedra azul: Camila y el reino* (Scripta Humanistica, 2019). Algunos de sus cuentos han sido publicados en *Label Me Latino/a*.

² Cabe comentar que la obra de Hasbun coincide con *La ciudad y los perros* (1967) de Mario Vargas Llosa en que se desarrollan en el Colegio Militar Leoncio Prado, donde existe un sistema represivo, autoritario y violento. Pero mientras que los protagonistas (particularmente El Jaguar) de la obra vargasllosiana sucumben ante el entorno autocrático corrupto del colegio, que los lleva a cometer actos delincuenciales, en los personajes de *La fuga*, en el mismo ambiente, surge un idealismo que pretende cambiar el mundo para bien, aunque no esté basado en la realidad. La comparación entre estas dos novelas no es parte de mi estudio.

la sociedad, con una idea evangelizadora casi colonizadora, partiendo del “yo y ellos” ya que no querían conocer ni aprender sino “llevar”. Los chicos van sin rumbo claro y en el trayecto interpretan una serie de coincidencias pueriles —una nube en forma de flecha, una cruz, etc.— como señales que los dirigen al Reino. Una de ellas, que prueba ser perjudicial para su futuro, los conecta con el Hermano Cáceres, un campesino tal vez subversivo que los convence de ir a Satipo - conocido hervidero de guerrilleros- para ayudar en la labor de unos franciscanos.

Al descubrir su ausencia, alarmado por las graves repercusiones que podrían destruir la disciplina que le fue mandada restaurar en el colegio, el coronel director toma la medida extrema de someterlos a un Consejo de Disciplina apenas los traen de regreso, y ante sus negativas de abandonar sus ideas, los expulsa del colegio. Al enterarse, la prensa usa el incidente, y los acusa injustamente de comunistas, creando una situación embarazosa para el coronel, el colegio y eventualmente el gobierno peruano. Los padres, desesperados, acuden a la extorsión de la esposa del presidente de la Junta Militar para que los transfieran a otra escuela militar en Arequipa y poder así borrar la carga que les podría destruir la vida a sus hijos. En este ensayo vamos a ver cómo esta huida lleva a los jóvenes a una mejor comprensión de sí mismos.

En *The Hero with a Thousand Faces* (1949), Joseph Campbell asevera que la jornada de un héroe está disponible para cualquier hombre o mujer, y el relato de cada jornada se repite *ad infinitum* a través de la historia y en todas las culturas. Todo el mundo tiene acceso a esa aventura, y todos poseen la habilidad de triunfar o fracasar en su trayectoria. La culminación de la jornada representa el momento en que el héroe logra ver la luz más allá de las tinieblas (259). Los héroes de Hasbun coinciden con las ideas de Campbell en que son jóvenes ordinarios, ingenuos y centrados en sí mismos. Cuando un héroe decide aventurarse, prosigue Campbell, confronta las pruebas que aparecen en su camino y regresa victorioso con un nuevo conocimiento y una nueva perspectiva de la realidad. Los cadetes de *La fuga* realizan una micro jornada de cuatro días, en oposición a las mega jornadas de los héroes clásicos como Odiseo o Beowulf. Logran triunfos pequeños que sirven para progresar, si bien de manera incipiente, hacia el camino de iluminación espiritual, pero también reafirman el sistema tutelar desde un contexto militar y religioso en el cual crecieron. Los logros menores, explica Leslie Erikson, tienen tanta importancia para el público como cualquier jornada herculeana (12).

Campbell delinea tres etapas en cada jornada: 1) la partida, en la que el héroe se lanza hacia la “barriga de la ballena”; 2) la serie de pruebas que el héroe encuentra en su aventura y que varía según las circunstancias individuales y la cultura en que vive; y 3) el regreso y la reintegración, cuando el héroe trae el conocimiento adquirido a su sociedad, aunque a veces puede rehusar hacerlo (36-37). Examinemos ahora las etapas de la jornada en *La fuga*.

La primera etapa, la partida, empieza mucho antes de que los protagonistas llegaran a Lima. Gustavo es extranjero, boliviano, y entró al Colegio Militar gracias a influencias familiares; Esteban y Juan se mudaron a Lima de pueblos de la sierra peruana, lugares que añoran e idealizan con una visión idílica. Sus pueblos son como Arcadias, lugares de generoso esplendor natural y armonía. Las descripciones de sus pueblos y de la naturaleza que observan en su viaje por la sierra se asemejan a un *locus amoenus* (hay brisa, aguas limpias, paz) y subrayan las diferencias entre la vida urbana y una vida rural idealizada. Juan piensa que en la sierra todos los días son perfectos: “con sol todo el día, con un cielo azul que da envidia” (65). La naturaleza serrana se convierte, entonces, en un lugar de refugio. Es como si existiera pura, sin la corrupción causada por la civilización. Por ello, “imbuidos de la claridad del cielo y de la bondad del valle que desparramaba sus verdes”, ignoran las molestias sufridas durante el viaje (falta de comida, robo, equipaje pesado, temperaturas frías, etc.) sin considerar una vida privada de comodidades en la ciudad (55). Sienten

que la metrópoli limeña transforma sus vidas negativamente y los desubica; es un lugar que no los comprende, y en el que sienten que se traicionan a sí mismos, particularmente en el duro ambiente militar que no les permite cumplir con los ideales cristianos tal cual ellos los perciben, pues la milicia generalmente reafirma la defensa de los valores cristianos mas no su práctica. Para ellos, Lima es un lugar aplastante, una ciudad cruel. Al recordar las tardes de risa, inocencia y libertad de su pueblo, Esteban piensa que “Lima les había ensuciado el alma” (245). Quisiera estar en su pueblito de los Andes, bañándose en el río con sus amigos, lejos de la maldad de Lima (241). Los chicos sienten que la vida decadente de la ciudad ha manchado la naturaleza buena esencial de la humanidad. La desconfianza de los provincianos contra los limeños está ejemplificada cuando al padre de Esteban le ofrecen un ascenso que requiere mudarse a Lima y un amigo le advierte a Esteban: “¿Lima? Ya te jodiste. Los limeños son una cagada . . . Esos costeños conchesumadres te van a joder” (242). Esta percepción negativa se opone al mito de deificar a Lima como tierra de promesa y ciudad perfecta que fue abordado por Sebastián Salazar Bondy en su ensayo *Lima, la horrible* (1964), en el que fundamenta cómo generó en el limeño y en general en la población peruana la falsa idea de lo que es Lima, con el objetivo de que la clase pudiente de Lima pudiera continuar dominando al resto.

El colegio militar actúa en *La fuga* como un microcosmos de Lima, ciudad con problemáticas irresueltas (racismo, delincuencia, violencia, clasismo, desigualdad, etc.) donde coexisten los diferentes actores de la sociedad peruana en un silencioso pero volátil conflicto. Por un lado, el colegio cumple una función protectora ya que está cercado por paredes altas, pero por otro lado puede verse como una prisión donde la disciplina militar autoritaria es la única ley. La ciudad y la institución, entonces, forman una red compleja de estructuras de poder. Por medio de su interdependencia, la crítica social se evidencia con nuevo vigor y el colegio militar actúa como un refuerzo de la extraña simbiosis limeña entre Dios y Patria, religión y milicia, donde las ideas de laicidad no existen.

El coronel actúa injustamente con los tres alumnos. A Gustavo lo aprisiona sin cargo alguno y piensa extraditarlo a Bolivia. Al padre de Esteban lo humilla durante el Consejo de Disciplina obligándolo a declarar que se avergüenza de su hijo en presencia de éste. Finalmente expulsa a los jóvenes sin tener una razón sólida, dándole al problema una dimensión nacional. El Coronel demuestra prejuicio racial en sus actos y en sus comentarios. No había escogido a Esteban para representar al colegio en otra ciudad, como le correspondía como brigadier general, sino a otro cadete que tenía los ojos verdes y la piel lechosa (13). Juan piensa que cuando los tres encuentren el Reino, a Esteban dejarán de llamarlo *cholo* sólo por tener la piel oscura (57). Referencias a la etnicidad de cada personaje le dan al narrador la oportunidad de exponer el racismo en el Perú, un legado tenaz de los tiempos coloniales.

Para los militares, todos los indios son cómplices de los revolucionarios: “. . . cholos lameculos. Todos están metidos en esta danza, carajo . . . Y ojo con los indios ésos” (132). Recelan hasta sus propios soldados serranos que eran “. . . taciturnos, callados, sí papai, no papai, sumisos, con la derecha me lustran las botas, pero con la izquierda no dudarían en meterme el puñal” (133). Para los militares y los costeños, la sierra es un mundo incivilizado, en contraste al concepto de los protagonistas que poseen una visión arcaica no partícipe de la modernidad, ajustada al arquetipo del noble salvaje de Jean Jacques Rousseau. Los indios son indefensos, pobres, ignorados, estoicos, trabajadores y honorables; no ansían lujos, se contentan con lo que tienen. Simbolizan la bondad innata de uno que no ha sido expuesto a las influencias de la civilización, ignorando la experiencia de unos indios quechua parlantes que les ofrecen su humilde vivienda para pasar la noche y los atienden para al final tomar ventaja al comprarles sus

pertenencias por una bicoca, que los chicos ilusos interpretan como otra “señal” para llegar al Reino.

Además del prejuicio racial, se demuestran claramente las diferencias socioeconómicas, haciendo aflorar el lado oscuro del paradigma de la integración nacional. Alrededor del colegio había casuchas destartaladas, chiquillos haraposos mendigantes y pobreza en general. Cuando una niña le pide limosna a Juan, éste siente ira contra sí mismo por no haber pensado antes en las penurias del prójimo (75). Forma, entonces, un grupo de cadetes para repartir panes todos los días, a través de las rejas del colegio. Este grupo se desbanda al descubrir a uno de los cadetes con su miembro afuera e incitando a una niña a participar en un acto sexual. Este ejemplo tragicómico es uno de varios que Hasbun utiliza para exhibir la candidez de los chicos y también el sistema patriarcal y violento en el cual se pueden haber desarrollado.

En su camino de pruebas, correspondiente a la segunda etapa del viaje según Campbell, cuando los jóvenes enfrentan el mundo real, su idealismo empieza a mostrar fisuras y le sigue el cuestionamiento de los verdaderos motivos que los impulsaron a fugarse. Una desventura ocurre cuando una niña indígena intenta robarles la ropa, que es recuperada cuando Esteban la persigue hasta que ella tira el bulto, éste es regañado por Gustavo (90). Esteban, con un nuevo entendimiento, replica “No soy un iluminado como tú. La verdad es que el mundo todavía me interesa . . . Yo ni siquiera he vencido la primera tentación. Soy un miedoso que piensa mucho en el cuerpo, que dónde pasaremos la noche, qué comeremos y mil cosas de ésas” (92). Esteban empieza a darse cuenta, entonces, de que su fe es limitada. Para “limpiar su alma”, Esteban hace penitencia poniendo piedras filudas en los zapatos (93). Se arrepiente de haber deseado la muerte de su padre a quien no sabía si despreciaba, compadecía o aún si lo amaba, y de luchar, por vanidad, para mantener el puesto de brigadier y para que lo llamen “Cráneo” (237), o sea que se refieran a él como si fuera superior, el más inteligente del colegio. Se percata de que no busca ningún Reino sino que se ha ido para escaparse de sus problemas familiares, que le corroen el alma: “Lo que es yo en vez de buscar el reino, me estoy escapando de mi cruz” (158). Alude aquí a su relación con su padre, quien siempre había sido recto, pero cuando se muda a Lima cambia de carácter y sólo muestra servilismo hacia sus superiores. Ya no se reía como lo hacía con sus amigos del pueblo; más bien “llenaba la casa de carajos que hacían llorar a su madre y que asustaban a él y a sus hermanos” (97). El padre de Esteban advierte que por su honestidad sometió a su familia a grandes privaciones, y que en el colegio se burlaban de él delante de su propio hijo que era brigadier general mientras que él solo era un suboficial. De hecho, cuando Esteban se entera que tanto los cadetes como los oficiales llaman “Garabato” a su padre, tiene una visión más compasiva de él. Hay aquí un indicio de que empieza a conocerse a sí mismo y a entender las razones de su huida.

Gustavo es el personaje más complejo y es quien continuamente cuestiona las acciones del grupo. Piensa que si por Juan fuera “todos serían faquires” (92), es decir, su misión en la vida sería solo un camino de contemplación y sacrificio personal en aras de encontrar paz interior. O sea que sólo se concentrarían en sí mismos, haciendo caso omiso de la realidad y de las personas que los rodean. Se burla también de cuando van al prostíbulo solamente para conversar con las chicas y apiadarse de ellas: “se reía de la puerilidad de los peruanos que pensaban que las muchachas eran Dulcineas para adorar en vez de seres palpitantes con los deseos de la carne” (83). Físicamente no es atractivo, es medio bizco; es además hosco y por eso despierta antipatía. Se había unido al grupo porque le gustaba la literatura y escribía. Su padre lo había abandonado cuando era niño y su madre era distante. Sufre desconsoladamente cuando lo encierran en el calabozo del colegio, donde llora y clama por su abuela que lo crió y le inculcó el amor al prójimo: “No te olvides Gustavito, ayudar a los pobres hace sonreír al niño Dios, no lo olvides nunca” (173). Entiende que su búsqueda es de

claridad por su abandono familiar: "... quiero claridad, carajo, y no este enredo de odios" (177), y que se escapó para huir de su mundo cruel, no para buscar ninguna luz ni ninguna verdad, coincidiendo con los sentimientos de Esteban, que también se da cuenta del porqué de su escape. Al final, completamente decepcionado, Gustavo quiere vengarse de sus amigos, del coronel, del mundo. Concluye que mejor habría sido unirse a las guerrillas en Satipo, y que la única manera para dar sentido a la vida es luchando por la justicia con un fusil en la mano (423): "... y si los de arriba no la daban por las buenas, era el derecho de los de abajo tomarla por las malas" (188).

Tanto Juan como Gustavo sufren la ausencia de figura paternal, pero mientras el de Gustavo abandona la familia, el de Juan muere cuando su hijo es un infante. Esta ausencia los había marcado de por vida, y tal vez forme parte de la razón de su *angst*. Juan había sido el blanco de los abusos de los demás cadetes por su negativa a pelearse, pero aligeraba su sufrimiento pensando que cada humillación "templaba su espíritu y lo alejaba más y más de la vida animal" (220). Juan sospecha que sus negativas a recurrir a la violencia no se debían a su pacifismo sino más bien al temor a pelear (62). Conjetura que se había ido porque se sentía torpe respecto a su físico y a su timidez con las chicas (217). Al igual que sus compañeros, durante los días de escape, comprende que no era tan superior como pareciera; más bien era inadecuado: "Él se había presentado poderoso, lleno de una luz que tal vez no poseía y con la que se había enceguecido primero a sí mismo y luego a sus amigos" (222). Empieza recién a pensar en el dolor que le puede haber causado a su madre.

En su jornada, los tres amigos se muestran plenamente egocéntricos; están preocupados sólo por ellos mismos, ignorando las necesidades de otros. Esconden sus inseguridades y vulnerabilidades y sus egos inflados les hacen creer que son mejores que el resto. En el colegio, cuando hablaban de filosofía y literatura, vislumbraban mundos nuevos, "como si ellos fueran las conciencias primeras, las iniciales, las responsables de que el mundo creciera en los caminos que llevan a la luz y destierran las tinieblas, el odio y la envidia, la maldad" (73). Sufren de lo que Jean Piaget ha llamado "egocentrismo intelectual" en que no diferencian los aspectos internos del pensamiento de los aspectos externos de la realidad en que se encuentran inmersos. A partir de la adolescencia, postula Piaget, el individuo puede utilizar un pensamiento abstracto que le permite reflexionar sobre sí mismo y elaborar sus propias teorías y sistemas de creencias concibiendo alternativas de la realidad basadas en una actividad reformadora. Evidentemente, al comienzo de su jornada, los protagonistas de Hasbun no han remediado su egocentrismo ni han adquirido perspectivas diferentes a las propias.

La autoestima exagerada del trío se manifiesta en su viaje con afirmaciones excesivas y presuntuosas para justificar sus acciones. Cuando desechan su vida anterior en un acto simbólico de comandar al batallón general por última vez, no sólo no sintieron remordimiento por sus actos ni pensaron en el sufrimiento de sus familias, sino que hasta la naturaleza responde a sus acciones: "... vieron los árboles inclinarse, la corriente apaciguarse y el viento detenerse ante la orden de descanso" (89-90). Gustavo, al llegar al convento donde los alimentan bien, y donde iniciarán la nueva etapa de su jornada, se imagina que es un santo, reafirmando su "yo" sin sentir culpa, como si fuera un mártir y además sintiéndose superior a todos³:

³ Jennifer Delgado Suárez piensa que creerse superior suele ser un mecanismo de defensa que demuestra que en realidad la persona no tiene tanta confianza en sí misma: "la arrogancia es la manifestación de la debilidad, el miedo secreto hacia los rivales" (*Rincón de la psicología*). A medida que un niño va creciendo, se va formando una imagen más objetiva de sí mismo y del mundo. Al parecer, los cadetes de Hasbun no han dado ese paso madurativo, siguen creyendo que pueden y que merecen ganar siempre. Eso indica una actitud infantil y un problema de autoestima.

“. . . se imaginó tallado en madera y puesto en un altar. Su cara, elevada a las alturas, denotaba martirio pero los ojos apenas si se notaban cruzados y tenía las mandíbulas atenuadas, casi relajadas. Se le puso la carne de gallina al entrever su soberbia y oró para que la fuga no fuese otra confrontación de vanidades sino el deseo real de un beso con lo eterno” (151-52).

Los tres cadetes son devueltos a su punto de partida—Lima—después de pasar por una serie de experiencias desagradables y a veces dolorosas (frío, robo, encuentro con un terrorista, realización de los motivos de su viaje, etc.). El viaje les revela la inutilidad de su búsqueda y marca el inicio del viaje metafórico hacia el autodescubrimiento. Comprenden que lo que rastreaban siempre había estado en su interior y que su pesquisa era en realidad un intento de escape de sus problemas. El padre de Esteban, demostrando una ideología pesimista, les dice que el statu quo ha sido fijado por miles de años y les aconseja deshacerse de su arrogancia: “si no quieren ser como esos lobos disfrazados con piel de oveja, mejor comiencen a amar a los que están más cerca a ustedes y también a cada corazón que se les cruce en el camino . . . un buen comienzo es volver a Lima y aceptar con humildad que se han equivocado” (163). Se entiende entonces que no es necesario viajar, escaparse o sentirse iluminados para lograr su objetivo de ayudar al prójimo llevando una vida digna y ejerciendo una profesión.

Si el viaje del héroe convencional lleva a la adquisición de conocimiento, prestigio y hasta la inmortalidad, el de los personajes de Hasbun se distingue por el comienzo de una adquisición de conocimiento. Reconocen que hay que hacer compromisos en la vida. Su jornada es fructífera en el sentido que su viaje literal y metafórico les revela las injusticias del sistema peruano, pero también su ingenuidad, arrogancia y la causa real de su fuga. Hasbun revela una fricción interna en el Perú junto con los obstáculos que el país no ha podido superar desde la época colonial.

El desenlace compromete a los personajes con ellos mismos sin dar una salida definitiva a la situación planteada durante la narración. La inicial unidad mística entre ellos mismos y con la comunidad que ellos buscan al inicio no se materializa. Cada uno toma un camino diferente. Gustavo entiende ahora que el amor no existe y que para sobrevivir y cambiar la sociedad hay que usar la fuerza. Juan sugiere que para lograr su objetivo va a estudiar medicina y poner una clínica en la selva. Reconoce que su huida “es sólo el comienzo, la primera escena” (320). Esteban no piensa abandonar su vida espiritual: “Yo creí con plenitud y ahora que la fe se me ha resquebrajado, quiero creer de nuevo” (427). Hasbun propone un final abierto en lo que se refiere a la vida adulta de los personajes. Estos personajes literarios que emprendieron un viaje físico, también comenzaron un viaje emocional que los transforma y los vuelve más realistas habiendo ganado percepción diferente de sí mismos y de la gente y el mundo que los rodea al final de su trayecto. Aunque no se sabe cómo serán sus vidas cuando adultos,⁴ *La fuga* ofrece un rayo de esperanza cuando Juan y Esteban, en Arequipa, piensan que:

Sus mundos habían perdido la inocencia y se hundían en la noche. Los primeros rayos de luz rompieron las tinieblas y los dos quedaron contemplando, desde la arboleda, el comienzo del nuevo día. El sol nacía fresco y ellos vieron el amanecer con ojos diferentes, seguros de que el amor tendría siempre oportunidad en esta tierra (427-28)

⁴ Hasbun continúa explorando la trayectoria de estos personajes, ya adultos, en su novela *La piedra azul*, en la que dos de ellos, Esteban y Juan, continúan con la idea de ayudar al prójimo como médicos creando una clínica gratuita en una barriada limeña.

OBRAS CITADAS

Blum, Cinzia Sartini. *Rewriting the Journey in Contemporary Italian Literature. Figures of Objectivity in Progress*. Toronto: U of Toronto P, 2008.

Campbell, Joseph. *The Hero with a Thousand Faces*. Princeton: Princeton UP, 1972.

Carretero, M. "Teorías de la adolescencia". En Palacios, J. et al (comp.). *Psicología evolutiva 3*, Madrid: Alianza, 1985. Psicología.blogpost.com

Delgado Suárez, Jennifer. "Personas arrogantes: la soberbia que nace de la ignorancia e inseguridad." *Rincón de la Psicología*. <https://rinconpsicologia.com/persona-arrogante-soberbia/> Web. 19 Dic. 2019.

Erickson, Leslie Goss. *Revisioning of the Heroic Journey in Postmodern Literature. Toni Morrison, Julia Alvarez, Arthur Miller, and American Beauty*. Lewiston, NY: Edwin Mellen P, 2006.

Hasbun, Elías. *La fuga*. Potomac, MD: Scripta Humanistica, 2013.

---. *La fuga*. Lima, Perú: Civigraf, 2014.

Salazar Bondy, Sebastián. *Lima la horrible*. México: Era, 1964.

Shaul, Michele. Review of Elías Hasbun's book *La fuga*. *MIFLC Review* 16 (April/May): 2016.